

LA BELLEZA SUPERFLUA

Pablo Galindo Arlés, 1 de diciembre de 2014

Desde hace algunas semanas, amigo lector, vivo en la ciudad de Roma. “¿Y ha visto ya usted a su Santidad bendiciendo a los fieles católicos?”, me preguntarás. Y yo, con cierta melancolía, te responderé: “No, no he visto aún al vicario de Cristo”. Y luego añadiré con gesto exculpatorio: “No lo he visto porque es imposible ver a su santidad el Papa en la Roma donde yo vivo”.

Desde hace algunas semanas leo una historia de la Roma clásica, esa Roma donde Pedro no tenía aún, como muchos hombres, morada santa. Y, ni siquiera, un lugar donde reposar la cabeza el hijo del Hombre. Ya habrás entendido, piadoso lector, que en lugar de vivir en Roma, Roma vive en mí. Yo soy el anfitrión de los Césares y el cáliz de los mártires, esos cristianos que no sabían aún que para ser católico -ecuménico, universal - era preciso amputarse aquellos miembros que escandalizan el cuerpo con sus gritos obscenos de protesta. A veces nuestra naturaleza nos duele como un hueso dislocado o una llaga purulenta que se rebela contra la unidad y armonía del universo. ¡Oh mal, maldito seas!

Estoy en Roma, en los primeros siglos del cristianismo. Aquí veo la tumba de un viejo herrero. Se ha hecho labrar en la piedra del sarcófago una escena de su taller, la imagen de sus amadas herramientas. “¡Orgullo de gremio!”, me digo pasando la página. Ahora contemplo una lámpara de aceite a la cual el artesano ha dado la forma noble de un equino. “¡Qué humor -pienso- se precisa para sobrellevar la miseria!”. Y con esas mismas manos de obrero, de artífice, de trabajador de la mente, me traslado igual que una mariposa a otra hoja del libro. Ante mi veo una vulgar escena de mercado y una balanza romana cuyo peso adopta la forma de una cabeza. “Un artista infeliz obligado a vivir del comercio”, concluyo.

“Provecho y deleite”, dice el vanidoso Horacio. Y entonces, como una luz súbita, me vienen juntas a la memoria esa tumba de cuyos restos ya nadie se acuerda, aquella lámpara que no alumbró hoy ningún cuarto oscuro y ese peso que nada pesa. Esos objetos útiles, y ya inutilizados, sin provecho alguno, sólo se han salvado de la muerte en mi recuerdo merced a la fútil belleza, esa frívola dispensadora de deleites. “Una cosa bella -dice el poeta inglés - es para siempre”.

